



COLONIA JUÁREZ. (Plaza de Dinamarca). MÉXICO.

• 52 •

Apenas dos ó tres líneas de los Ferrocarriles del Distrito cruzan de uno al otro extremo los límites de la Colonia Juárez, pues el Ayuntamiento y los mismos particulares han tomado en cuenta todos los pormenores que puedan evitar ruido ó molestias á los habitantes de este suburbio y han evitado todo lo que de alguna manera pueda afear las calles. En cambio, los raudos, elegantísimos *autos*, circulan sin cesar sobre el bruñido asfalto de estas calles, y sus roncas sirenas anuncian de cuando en cuando el paso de un magnate ó pos trenes de las aristocráticas señoras que atraviesan, dejando sólo contemplar en un relámpago los flotantes velos que resguardan sus rostros hechiceros.

Varias plazas y plazoletas, adonde afluyen en forma de estrella suntuosas calzadas,

alegran el espectáculo del barrio, principalmente cuando se ponen en juego los poderosos surtidores que las adornan. Sencillas estas fuentes, pero de un estilo completamente moderno, constituyen el complemento indispensable de plazoletas al uso de las de la Colonia Juárez, principalmente en las dos alas del barrio, adornadas de nacientes boulevares, ya poblados de esbeltos álamos, chopos, truenos y sauces, que algún día abatirán sus frentes venerables sobre los frentes de los palacios. Los alrededores de la Colonia son hermosísimos: no lejos descúbrese la soberbia calzada de la Reforma; desde cualquier balcón se contemplan las anchas almenas de Chapultepec, y todas las inmediaciones de la Capital, pobladas de bosque, alegran la vista y purifican el ambiente del rumbo.



PALACIO NACIONAL DE MÉXICO.

• 53 •

Enfrente de la Plaza de la Constitución, en el centro mismo de la ciudad de México, se levanta uno de los mayores y más antiguos edificios del Continente Americano: el Palacio Nacional de México. Si hay construcciones famosas por su historia y vinculadas estrechamente con los acontecimientos más importantes de la vida de un pueblo, en el transcurso de varios siglos, ésta figura en primer término, entre otras mil que se han alzado orgullosamente, en el suelo de la que un tiempo fué capital del poderoso imperio *mexica*, más tarde metrópoli de la rica y orgullosa Nueva España, y hoy día, asiento de los Poderes Públicos y centro de la vasta civilización que se desarrolla por toda la extensión de la progresista República Mexicana.

Sobre el mismo sitio ocupado por este monumento, se alzó hace más de cuatro siglos, el palacio real del emperador Moctecuhzoma II, penúltimo monarca de la dinastía azteca. El conquistador Don Hernando lo poseyó después de la conquista, y sus descendientes lo ven-

dieron al Trono español, que levantó entonces, en el propio sitio, el edificio destinado á Palacio de Gobierno de la nueva nación. Ocupáronlo, durante las tres centurias del virreinato, las diversas audiencias y los virreyes que gobernaron en esta tierra, desde el célebre D. Antonio de Mendoza hasta D. Juan O'Donojú. Atravesaron por sus aposentos, hecha la infinalmente, en él han asumido la suprema investidura de la nación y han gobernado en el nombre del pueblo y de la ley, los treinta y tres presidentes á cuyas manos se ha confiado el destino de la República Mexicana. El ilustre Benemérito de las Américas lo habitó por varios años, y aun allí murió, en una de las salas que ven al costado Oriente de la construcción.

Si tan grande es la importancia histórica de este monumento, no puede encarecerse igualmente su belleza arquitectónica. Edificio pesado, como todos los coloniales, carece, sin embargo, de los primores artísticos que suele ofrecernos el arte de aquellas edades.



CALENDARIO AZTECA O PIEDRA DEL SOL.
 EN EL MES DE DICIEMBRE DEL AÑO DE 1790
 AL PRACTICARSE LA NIVELACION PARA EL NUEVO
 EMPERADO DE LA PLAZA MAYOR DE ESTA CAPITAL
 FUE DESCUBIERTO ESTE MONOLITO Y GOBIERNO
 CATEDRAL POR EL LADO QUE VE AL PONIENTE
 DE CUYO LUGAR SE TRASLADO A ESTE MUSEO
 NACIONAL EN AGOSTO DE 1885.

MUSEO NACIONAL DE MÉXICO. (Piedra del Sol ó Calendario Azteca).

En el atrio de la Catedral de México, estuvo descansando, durante muchos años, un monolito de base basáltica, en el que Humboldt descubrió la ciencia y el arte de los antiguos aztecas, tan perfecto, tan acabado, tan admirable, tan sorprendente, que llenó de admiración al mismo Humboldt cuando pudo descifrar su maravilloso simbolismo, y se convenció de que verdaderamente nada nuevo hay bajo del sol, puesto que pueblos que fueron la cuna de la civilización en la categoría de bárbaros, demuestran, con este monumento, en el arte, que ni sus mismos conquistadores eran capaces de igualar, si quiera, en ese terreno.

Esta gigantesca roca, tan prodigiosamente esculpida por los pueblos mexicanos, es un monolito de base basáltica, en el que Humboldt descubrió la ciencia y el arte de los antiguos aztecas, tan perfecto, tan acabado, tan admirable, tan sorprendente, que llenó de admiración al mismo Humboldt cuando pudo descifrar su maravilloso simbolismo, y se convenció de que verdaderamente nada nuevo hay bajo del sol, puesto que pueblos que fueron la cuna de la civilización en la categoría de bárbaros, demuestran, con este monumento, en el arte, que ni sus mismos conquistadores eran capaces de igualar, si quiera, en ese terreno.

Esta gigantesca roca, tan prodigiosamente esculpida por los pueblos mexicanos, es un monolito de base basáltica, en el que Humboldt descubrió la ciencia y el arte de los antiguos aztecas, tan perfecto, tan acabado, tan admirable, tan sorprendente, que llenó de admiración al mismo Humboldt cuando pudo descifrar su maravilloso simbolismo, y se convenció de que verdaderamente nada nuevo hay bajo del sol, puesto que pueblos que fueron la cuna de la civilización en la categoría de bárbaros, demuestran, con este monumento, en el arte, que ni sus mismos conquistadores eran capaces de igualar, si quiera, en ese terreno.

Nada puede ofrecer el arte de aquellos tiempos y de aquellas razas comparada a esta piedra maravillosa. La figura de los dibujos ejecutados sobre ella, que parecen indescifrables jeroglíficos que la cubren, son de la más absoluta delicadeza y buen gusto, é indican un arte altamente perfeccionado en el pueblo que los produjo.

Pero la admiración sube de punto cuando se comprende el sentido de los dibujos. La ciencia astronómica, que en el momento mismo se creyó que fue esta piedra el lugar escogido por los sacerdotes aztecos para el sacrificio de las víctimas, que con inagotable ferocidad ofrecían al sombrero dios de la guerra, Huitzilopochtli. Un historiador llegó á afirmar que había sido labrada esta piedra de orden del sanguinario emperador Axayacatl, que se cree que se sacrificaron militares de víctimas. Populamente, este monolito ha sido designado generalmente con el nombre de "Piedra del Sol."

(Continúa.)



MUSEO NACIONAL DE MÉXICO. (Salón de Monolitos).

La mayor parte de los autores convienen actualmente, en efecto, en considerarlo como un calendario, en el que los sacerdotes aztecas fijaban la marcha de las horas del día, por medio de gnomones combinados con hilos. La verdadera piedra de los sacrificios, que también existe en el Museo, es otra que conserva perfectamente los caracteres del horrible ministerio á que se la consagraba, y se le conoce con el nombre de *el cuauhxicalli de Tizoc*.

De manera, que esta roca era un colosal Reloj de Sol, como lo tuvieron los egipcios y los asirio-caldeos en las épocas más remotas. Solamente que el calendario azteca no servía únicamente para señalar, por medio de las sombras, la hora del día, sino que señalaba exactamente los solsticios y se utilizaba para llevar la cuenta de los años y los días. Y no solamente servía para tan ingeniosos fines el monolito, indicando el grado de perfección á que habían llegado sus autores en la ciencia astronómica, perfección que no alcanzaron ni los caldeos; sino que en su cara de piedra está inscrito el cómputo mismo del tiempo que ha-

bían hecho aquellos pueblos, la división de los años en semanas y días y, finalmente, los ciclos, ó series de años, cómputo del tiempo que excede en exactitud al mismo que ahora usa la humanidad civilizada, corregido por el Papa Gregorio, pues que tal como está hecho, solamente viene á discrepar en un solo día del movimiento y la posición del sol, al cabo de muchos miles de años. ¡Tan prodigiosa era la ciencia de aquellos feroces guerreros!

Como puede verse, la superficie de la piedra tiene un relieve inscrito, que mide tres metros 35 centímetros de diámetro, por 37 centímetros de espesor. El rostro del centro es la cara del sol, Tonatiuh, y la lengua de fuera que muestra es el símbolo de la luz. El jeroglífico que está sobre la frente indica el primer ciclo solar, que es de 52 años. Rodean la figura del sol cuatro aspas que indican otras tantas edades ó ciclos, dos de las cuales están separadas por una flecha que, según el señor Chavero, indica la meridiana del lugar y señala hacia el Sur.

(Continúa.)